

ALFAGUARA  


William Faulkner

El villorrio

Traducción de José Luis López Muñoz

PRIMER LIBRO

Flem

---

## Capítulo uno

Frenchman's Bend era una zona de fértiles tierras bajas a la orilla del río, situada treinta kilómetros al sudeste de Jefferson. Rodeada de colinas y aislada, bien definida aunque sin límites precisos, a caballo entre dos condados, pero sin deuda de fidelidad con ninguno, Frenchman's Bend había sido el primitivo emplazamiento, por concesión estatal, de una extensísima plantación anterior a la guerra civil; plantación cuyas ruinas —el cascarón vacío de una enorme casa con sus establos derruidos, sus barracones para los esclavos, sus jardines llenos de malas hierbas, sus terrazas de ladrillo y sus paseos— aún recibían el nombre de casa del Viejo Francés, a pesar de que, en la actualidad, de las lindes originales sólo quedase constancia en los viejos registros descoloridos de la oficina del catastro en el juzgado del distrito de Jefferson, y a pesar de que incluso algunos de los campos en otro tiempo fértiles hubiesen vuelto a ser las junglas de bejucos y cipreses\* que su primer dueño talara a machetazos.

Es muy posible que se tratase de un extranjero, aunque no necesariamente francés, puesto que para las personas que llegaron después de él, y que borraron casi por completo toda huella de su presencia, cualquiera que hablase inglés con acento extranjero o cuyo aspecto o incluso cuya ocupación fuese poco corriente, sería francés, prescindiendo de la nacionalidad que afirmara poseer, de la misma manera que sus coetáneos de la ciudad (si, pongamos por ejemplo, hubiera decidido instalarse en la misma Jefferson) le habrían catalo-

---

\* Se trata de un falso ciprés de hoja caduca (*Taxodium distichum*) que crece en los lechos de los ríos y en zonas pantanosas. Da una madera roja muy dura que se utiliza para tablillas a modo de tejas de madera. (*N. del T.*)

gado como holandés. Pero ahora nadie sabía cuál había sido realmente su nacionalidad, ni siquiera Will Varner, que tenía sesenta años y era propietario de una buena parte de la primitiva concesión, incluido el terreno de la casa solariega en ruinas. Porque el extranjero, el francés, había desaparecido junto con su familia, sus esclavos y su magnificencia. Su sueño, sus vastas tierras, se habían dividido en pequeñas e inútiles granjas hipotecadas por las que los directores de los bancos de Jefferson reñían entre sí antes de vendérselas, finalmente, a Will Varner, y todo lo que quedaba del primer propietario era el lecho del río que sus esclavos canalizaran a lo largo de quince kilómetros para evitar que se inundasen sus campos y el esqueleto de la tremenda casa que sus herederos en sentido lato se habían dedicado, durante treinta años, a derribar y a cortar —barandillas de madera de nogal, suelos de roble que medio siglo más tarde no hubieran tenido precio, las mismas tablillas de mala calidad de los cobertizos— para utilizarlo como leña. También su apellido se había olvidado, y su orgullo no era más que una leyenda acerca de la tierra que arrebató a la jungla y que domesticó hasta convertirla en monumento a un nombre que quienes llegaron tras él, en destartaladas carretas y a lomos de mula o incluso a pie, con fusiles de chispa y perros y niños y alambiques para hacer whisky casero y salterios protestantes, no eran siquiera capaces de leer y mucho menos de pronunciar, y que ahora no tenía ya nada que ver con un determinado ser humano, vivo en otro tiempo, porque su sueño y su orgullo no eran más que polvo junto al olvidado polvo de sus anónimos huesos, y su leyenda no otra cosa que la pertinaz historia del dinero que enterró en algún lugar de la finca cuando Grant arrasó la región, camino de Vicksburg.

Las personas que le heredaron vinieron del noreste, a través de las montañas de Tennessee, en etapas marcadas por el nacimiento y crianza de una nueva generación. Venían de la costa del Atlántico, y, antes, de Inglaterra y de las marcas escocesas y galesas, como ponían de manifiesto

algunos de sus apellidos: Turpin y Haley y Whittington, McCallum y Murray y Leonard y Littlejohn; y otros, como Riddup y Armstid y Doshey, que no podían venir de ninguna parte porque sin duda nadie se los hubiera atribuido voluntariamente. Estas personas no traían esclavos ni cómodas de estilo Chippendale y Phyfe; en realidad la mayoría podían llevar sus pertenencias (y de hecho las llevaban) en propia mano. Se instalaron y construyeron cabañas con una o dos habitaciones que nunca llegaron a pintar; se casaron entre sí y engendraron y, una a una, añadieron otras habitaciones a las cabañas primitivas, que tampoco pintaron nunca; pero eso fue todo. Sus descendientes siguieron plantando algodón en las tierras bajas y maíz en las laderas de las colinas, con el que continuaron fabricando whisky en escondidos vallecitos entre esas mismas colinas y vendiendo el que no consumían. Funcionarios federales enviados a la zona se esfumaban, aunque luego pudiera verse a un niño, a un anciano o a una mujer con alguna de las prendas de vestir que llevaba el desaparecido: un sombrero de fieltro, una chaqueta de velarte, un par de zapatos comprados en la ciudad o incluso una pistola. Los funcionarios del condado no les molestaban, excepto cuando se acercaban las elecciones. Mantenían sus propias iglesias y escuelas, se casaban y cometían entre sí infrecuentes adulterios y un número bastante más elevado de homicidios y actuaban como sus propios jueces y verdugos. Eran protestantes y demócratas y prolíficos; no había un solo negro propietario de tierras en toda la zona. En cuanto a los negros forasteros, se negaban rotundamente a pasar por allí después de anochecer.

Will Varner, el actual dueño de la casa del Viejo Francés, era el hombre más importante de la región. Además del primer terrateniente y supervisor de distrito en un condado, era juez de paz en el otro y comisario electoral en ambos y, en consecuencia, la fuente primera si no de la ley sí al menos de consejos y sugerencias a una población que habría repudiado el término cuerpo electoral si lo hubiera oído

alguna vez, y que acudía a él no con la actitud de *qué es lo que tengo que hacer*, sino de *qué cree usted que le gustaría que yo hiciera si pudiera usted obligarme a hacerlo*. Will Varner era granjero, usurero y veterinario; el juez Benbow de Jefferson dijo de él en una ocasión que nunca un hombre con mejores modales sangró mulas o dio pucherazos. Poseía casi todas las buenas tierras de la región e hipotecas sobre la mayoría de las restantes. Era dueño del almacén y de la desmotadera de algodón, y del complejo de molino harinero y herrería en la misma aldea, y se consideraba de mala suerte (por decirlo de la manera más suave posible) que alguien de los alrededores hiciera sus compras o desmotara su algodón o moliera su harina o herrara a su ganado en otro sitio. Will Varner era tan delgado como un poste y casi igual de alto, de cabello y bigotes de color gris rojizo e inocentes ojillos azules, vivos y penetrantes; daba la impresión de ser un inspector de escuela dominical metodista que los días laborables condujera un tren de pasajeros o viceversa, cuando en realidad era propietario de la iglesia o del ferrocarril, o quizá de ambas cosas al mismo tiempo. Era un hombre astuto, reservado y alegre, de carácter rabelesiano y con toda probabilidad aún sexualmente activo (había dado dieciséis hijos a su mujer, aunque sólo dos seguían en el hogar familiar; los otros, esparcidos, casados o enterrados, desde El Paso hasta la frontera con Alabama), como parecía confirmar la energía de sus cabellos, que incluso a los sesenta años eran aún más rojos que grises. Simultáneamente activo y holgazán, no hacía nada en absoluto (su hijo administraba todos los negocios familiares), pero gastaba todo su tiempo en ello, ya que, antes incluso de que su hijo bajara a desayunar, se marchaba de casa, y aunque nadie sabía exactamente adónde iba, a él y al gordo y viejo caballo blanco que montaba se les podía ver en cualquier sitio en quince kilómetros a la redonda a cualquier hora del día; y por lo menos una vez al mes durante la primavera, el verano y los comienzos del otoño, alguien veía a Varner sentado en una silla de fabricación casera en el césped, asfixiado por las

malas hierbas delante de la mansión del Viejo Francés, y al viejo caballo blanco atado a un poste de la cerca. Su herrero le había fabricado la silla serrando por la mitad un barril de harina vacío y clavándole un asiento, y Varner se instalaba allí, sobre un fondo de ruinoso esplendor señorial, mastican-do tabaco o fumando su pipa de mazorca y dirigiendo a los transeúntes bruscos saludos que, sin dejar de ser cordiales, no invitaban al diálogo. Todo el mundo (los que le veían allí y quienes se enteraban de oídas) creía que se sentaba allí para planear en privado su próxima ejecución de hipoteca, puesto que sólo a un viajante que vendía máquinas de coser llama-do Ratliff —un hombre a quien Will Varner doblaba con creces la edad— llegó a darle una razón: «Me gusta sentarme aquí. Estoy tratando de averiguar qué podía sentir un tipo tan estúpido que necesitaba todo esto (no se movió ni se molestó siquiera en indicar con la cabeza la pendiente cu-bierta de viejos ladrillos y enmarañados senderos, coronada por la ruina con columnas que tenía detrás) para comer y dormir únicamente». Luego añadió (sin dar a Ratliff ningun-a otra pista de cuál pudiera ser la verdad): «Durante una temporada parecía que iba a librarme de todo esto, que iban a dejármelo limpio. Pero, santo cielo, la gente se ha vuelto tan holgazana que ni siquiera se suben a una escalera para arrancar el resto de las vigas. Se diría que prefieren ir al bos-que e incluso cortar un árbol, mejor que levantar el brazo para coger un poco de leña de pino. Pero, pensándolo bien, creo que voy a conservar lo que queda, aunque sólo sea para no olvidarme de mi única equivocación. Ésta es la única cosa de las que he comprado en toda mi vida que no he podido vender a nadie». Jody, su hijo, de unos treinta años, un cor-pulento ejemplar de primera clase, con un ligero hipertiroi-dismo, no sólo no estaba casado, sino que emanaba de él una invencible e inviolable soltería de la misma manera que se dice de algunas personas que exhalan olor a santidad o a es-piritualidad. Era un hombre voluminoso, que ya prometía una considerable barriga para dentro de diez o doce años,

aunque aún mantuviera hasta cierto punto sus pretensiones de galán apuesto y sin compromiso. Tanto en invierno como en verano (aunque en la estación cálida prescindiera de la chaqueta) y lo mismo los domingos que los días de entresemana, Jody llevaba una camisa sin cuello de color blanco brillante, cerrada por arriba con un botón de oro macizo, y encima un traje de excelente velarte negro. Se ponía el traje el día que se lo enviaba el sastre de Jefferson y, desde ese momento, lo llevaba todos los días, hiciera el tiempo que hiciese, hasta que se lo vendía a uno de los criados negros de la familia (de manera que casi todos los domingos por la noche podía verse alguno de sus trajes viejos, en su totalidad o en parte —y reconocerse en seguida— paseando por los caminos del verano) y lo reemplazaba por el nuevo que venía a sustituirlo. En contraste con el sempiterno mono de los hombres entre los que vivía, Jody tenía un aire no exactamente fúnebre, pero sí ceremonioso, y ello debido a ese rasgo de invencible soltería que era parte integrante de su personalidad; de manera que al mirarle, más allá de la flaccidez y de la opacidad de su volumen, se veía al perenne e inmortal padrino de boda, la apoteosis del masculino singular, de la misma forma que, bajo las abultadas carnes del medio centro de 1909, reconocemos al fantasma enjuto y resistente que en otro tiempo llevaba el balón. Jody era el noveno de dieciséis hermanos. Regentaba el almacén, del que su padre era todavía propietario titular y en el que se ocupaban, sobre todo, de hipotecas ejecutadas, y la desmotadera, y supervisaba las dispersas propiedades agrícolas que su padre primero y luego los dos juntos habían ido adquiriendo durante los últimos cuarenta años.

Una tarde, cuando estaba en el almacén cortando de una bobina nueva piezas de cuerda para el arado, y recogéndolas en pulcros lazos marineros para colgarlas de una hilera de clavos en la pared, se volvió al oír un ruido y vio, su silueta recortada en el vano de la puerta, a un



hombre más pequeño de lo corriente, con un sombrero de ala ancha, una levita demasiado grande y una curiosa tiesura deliberada.

—¿Es usted Varner? —dijo el individuo en cuestión, con una voz que no era exactamente áspera, o no tanto voluntariamente áspera como herrumbrosa por la falta de uso.

—Soy un Varner —dijo Jody, con su agradable voz, sonora y bien modulada—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Me llamo Snopes. He oído que alquila usted una granja.

—¿De veras? —respondió Varner, moviéndose ya para conseguir que al otro le diera la luz en la cara—. Exactamente, ¿dónde ha oído usted eso? —porque la granja era nueva; su padre y él la habían adquirido a través de una ejecución de hipoteca hacía menos de una semana, y aquel individuo era un completo desconocido. Jody ni siquiera había oído nunca su apellido.

El otro no respondió. Varner podía verle ya la cara: ojos de un gris opaco y frío entre irascibles cejas hirsutas que empezaban a encanecer y un rastrojo de barba gris oscura tan densa y enmarañada como lana de oveja.

—¿Dónde cultivaba usted la tierra? —dijo Varner.

—Por el oeste —no hablaba bruscamente. Se limitó a pronunciar las tres palabras con total irrevocabilidad desprovista de sentimientos, como si hubiera cerrado una puerta tras de sí.

—¿Se refiere a Texas?

—No.

—Entiendo. Al oeste de aquí. ¿Tiene mucha familia?

—Seis —no hubo después una pausa perceptible, ni un precipitarse hacia la siguiente palabra. Pero hubo algo. Varner lo notó incluso antes de que la voz sin vida pareciera agravar deliberadamente la incongruencia—: chico y dos chicas. La mujer y su hermana.

—No son más que cinco.

—Y yo —dijo la voz muerta.

—De ordinario un hombre no se incluye entre sus propios braceros —dijo Varner—. ¿Son cinco o siete?

—Dispongo de seis personas para trabajar en el campo.

La voz de Varner tampoco cambió entonces, siempre afable y firme al mismo tiempo.

—No sé si voy a necesitar un arrendatario. Casi estamos ya a uno de mayo. Calculo que podría cultivarla yo mismo, con unos cuantos jornaleros. Si es que me decido a hacerlo este año.

—Estoy dispuesto a trabajar así —dijo el otro. Varner se le quedó mirando.

—Le veo un tanto ansioso de instalarse, ¿no es cierto? —el otro no respondió. Varner no era capaz de decir si le estaba mirando o no—. ¿Qué renta pensaba usted pagar?

—¿Qué es lo que usted pide?

—Tercera y cuarta\* —dijo Varner—. Los suministros se compran aquí en el almacén. No hay que pagar en metálico.

—Entiendo. Suministros en dólares de setenta y cinco centavos.

—Efectivamente —dijo Varner con tono siempre cordial. Ahora no podría decir si su interlocutor miraba a algo o no miraba a nada en absoluto.

—Me conviene —dijo.

Desde el porche del almacén, por encima de media docena de hombres vestidos con monos, sentados o acucillados aquí y allá, con navajas y astillas en la mano, Varner vio cómo su visitante se marchaba cojeando estiradamente, sin mirar a derecha ni izquierda; luego vio cómo descendía los escalones, elegía entre los animales de tiro y los caballos

---

\* Según este tipo de contrato, el arrendatario aporta su equipo (Ab Snopes tiene su propia mula) y paga una tercera parte de la simiente y del fertilizante para la cosecha de maíz y un tercio de la cosecha como renta; en cuanto al algodón, paga una cuarta parte de la simiente y del fertilizante, y una cuarta parte de la cosecha como renta. Es un contrato distinto del simple aparcerero, que sólo aporta el trabajo y normalmente paga con la mitad de la cosecha. (*N. del T.*)

ensillados una mula flaca y sin silla, con una gastada brida para arar y riendas de cuerda, la llevaba hasta los escalones, se montaba torpe y rígidamente, y se ponía en camino, sin haber mirado todavía ni una sola vez a uno u otro lado.

—Por el ruido de los pasos se diría que pesa por lo menos cien kilos —dijo uno de los hombres—. ¿Quién es, Jody?

Varner aspiró entre dientes y escupió a la calle.

—Se llama Snopes —dijo.

—¿Snopes? —repitió otro de los presentes—. Claro. Así que es él.

Esta vez no sólo Varner, sino todos los demás miraron al que había hablado: un hombre flaco, con un mono absolutamente limpio aunque descolorido y con remiendos, recién afeitado, con un rostro bondadoso, casi triste, hasta que se descifraba lo que eran en realidad dos expresiones distintas: una momentánea de paz y tranquilidad superpuesta a otra permanente (precisa, aunque débil) de hombre acosado; y una boca delicada, cuya peculiar frescura y lozanía adolescente podía ser en realidad el resultado de no haber probado el tabaco en toda su vida; la cara arquetípica del hombre que se casa joven, sólo engendra hijas y él mismo no pasa de ser la hija mayor de su propia esposa. Se llamaba Tull.

—Es el tipo que pasó el invierno con su familia en una vieja cabaña donde Ike McCaslin solía almacenar el algodón. El mismo que hace dos años anduvo metido en el asunto del establo incendiado de un sujeto llamado Harris en Grenier County.

—¿Cómo? —dijo Varner—. ¿De qué estás hablando? ¿Un establo incendiado?

—No he dicho que lo hiciera él —respondió Tull—. Sólo que estuvo mezclado en cierta manera, podríamos decir.

—¿Como cuánto de mezclado?

—Harris hizo que lo detuvieran y lo llevó a los tribunales.